

# La afición guerrera española

En el artículo que lord Northcliffe, el propietario del "Times" publicaba en el número de su diario del 12 de este mes de septiembre sobre el atareado ejército—"a busy army"—de agentes alemanes en España—cuyo número se calcula en unos 80,000, sin contar, claro está, sus aliados los trogloditas ibéricos aturcados—se lee este significativo pasaje que traduzco fielmente:

"Por lo mucho que he oído en el curso de mis investigaciones, la corte española sería el peor árbitro entre los aliados y los Poderes Centrales. Sea cual fuere la idea personal del Rey Don Alfonso, las del promedio del elemento oficial cortesano son como éstas: "Los oficiales ingleses son buenos sujetos, excelentes jugadores de polo, buenos deportistas en general, pero aficionados. Los verdaderos soldados ingleses son pocos en número, bravos, pero temerarios. Los "sangrientos rechazos" tan a menudo mencionados en los comunicados alemanes se deben al hecho de que no puede levantarse un ejército en pocos años. Francia ha llamado a su frente a hombres de 17 a 48 años. Inglaterra no puede hacer por tierra nada que valga. Por lo tanto Alemania tiene que ganar y aun, si no gana, no es posible que pierda".

Lord Northcliffe comenta luego, algo sarcásticamente, estas opiniones de nuestro elemento militar cortesano cuya competencia no parece merecerle, ¡claro está! gran confianza.

Días después en el número del 23 de este mismo septiembre, de "La Correspondencia de España" me encontré en la crónica que desde París le enviaba su corresponsal Corpus Barga, con un párrafo referente a la actitud del elemento militar cortesano griego que rodea al rey Constantino, en que se dice:

Aquí hay otra enseñanza que conviene no dejar en el escondite. El militarismo, como todo vicio nacional, viene a ser antipatriótico. El militarismo griego—la pesadilla de aquel humanitario Pressensé, el de la Liga de los Derechos del hombre—hace traición a su patria por no hacer traición a la idea del militarismo alemán.

Y, en efecto, aquí mismo se puede observar que hay un número de escritores militares, críticos de la campaña, a quienes interesa más el militarismo que no el patriotismo. Cualquiera diría que la casta militar forma en los países todos una especie de francmasonería frente a los pueblos.

Lo que parece irritar a esos exasperados y nada serenos ni imparciales críticos militaristas—más que militares,—es que un ejército improvisado, de aficionados, de jugadores de polo y de foot-ball, se las tenga hechas—¡y tantas!—con la máquina militar germánica.

Nos choca esa actitud en el país de los "aficionados", que es España. No sólo de los aficionados a toros, sino de los aficionados a guerra. Nuestros más legítimos prestigios guerreros son de cabecillas, de caudillos improvisados, de

Minas y Empecinados y pastores Jáureguis. Tenía razón Ganivet al decir que España ha sido un país guerrero, mas no militar.

Es lo que me decía un amigo mío: "Desde que los toreros gastan corbata y hasta frac y chistera y los militares presumen saber analítica y descriptiva, todo anda mal para la afición." Y acaso tenía razón.

La pedantería—este producto "made in germany" y tan característicamente germánico—es terrible dondequiera que se encuentre. Y puedo decirlo con autoridad por pertenecer a un cuerpo oficial en que hace estragos. Pero la pedantería militarista, aunque se disfraza de una cierta rudeza marcial, es la más terrible de las pedanterías. Sólo le supera la eclesiástica. Me merecen mucha más confianza las críticas de la campaña hechas por un hombre civil, por un no especialista oficial en milicia—sea aliadófilo o germanófilo—que no las que hacen los militares escritores. Sé que éstos tendrán la cabeza llena de prejuicios de escuela oficial. Pero cuando supe que "Armando Guerra" ese era catedrático—¡catedrático!—de la Escuela Superior de Guerra, centro de enseñanza oficial, me dije: "¡Vade retro!" Y un centro de enseñanza oficial militar tiene que ser peor que uno civil por causa de la disciplina. Que al fin a nuestros centros civiles de enseñanza oficial les redime no poco de su oficialidad la bendita indisciplina de los alumnos que a las veces, aunque pocas, se revuelven contra el profesor incompetente o se burlan de él. Pero las enseñanzas oficiales militar y eclesiástica tienen en contra suya, además de su oficialidad, su disciplinarismo ortodoxista.

No aseguraré que el promedio de nuestros catedráticos oficiales sepan mucho de aquello que explican ni que tengan sentido científico—y esto de tener o no sentido científico significa mucho más que saber más o menos—y hasta puedo asegurar que un catedrático oficial de poética es, de nueve veces en diez, el espíritu más prosaico y antiestético posible. Pero de lo que no me cabe duda alguna es de que ni un profesor oficial de teología ortodoxa, uno de nuestros seminarios conciliares, tiene sentido religioso, ni un catedrático oficial de Escuela Superior de Guerra puede tener sentido guerrero. Puede ser un hombre vivo e ingenioso, de aficiones y aptitudes literarias, puede haber hecho versos—como seguramente los hizo "Armando Guerra" en un tiempo—pero ¿entender de guerra? ¡Quiá! Se lo impide la horrenda pedantería de la estrategia.

Si, lo que exaspera a ciertos profesionales y especialistas es que se de-



